

Contra la confusión

ANTONIO GARCÍA-TREVIJANO

Panorama
después del 3-M

Cuando no hay mayoría absoluta en un régimen oligárquico, los aspirantes a gobernar en coalición hacen de la política un cuento de hadas. El PP sale de la perplejidad electoral hablando de repente en catalán. Parece como si, en lugar de los votos que esperaba, hubiese recibido del poder erótico provenzal un flechazo de amor por Cataluña. Los partidos periféricos rivalizan entre sí, poniendo tacones o pedestales que alcanzan hasta las nubes la altura de Aznar. El gobernante autónomo del PP concede medalla de oro al mérito político de quien lo ha dejado sin fondos y mejor ha defendido la irresponsabilidad del PSOE y de los miembros de su Gobierno, aunque alguno esté procesado, por los delitos cometidos durante su mandato. La insólita y explosiva fiebre de generosidad política, que los sabios astrónomos atribuyen al benéfico paso por el nordeste del cometa que nos visita cada 15.000 años, ha contagiado también a la noble y lealísima oposición. Donde se alardea de espíritu colaboracionista, en nombre de la izquierda, para facilitar una gobernación estable mediante la boda del siglo entre la derecha españolista, ataviada de Administración Única, y la derecha catalanista, travestida de luces españolas. Un real compromiso histórico. La segunda transición.

★

Cuando el futuro no está en el presente, se borra el pasado y se impone la moda del diseño «a» geometría variable o federalismo asimétrico. Para entrar en un cuento de hadas hay que pasar la página del libro real de la historia y diseñar el porvenir con la memoria en blanco. ¿Por qué no repetir con el felpismo lo que tan bien hizo la primera transición con el franquismo? ¿Acaso se puede exigir responsabilidad política a quien no está ya en el Gobierno? ¿En qué se traduciría prácticamente esa teórica responsabilidad? ¿No es suficiente castigo haberlo echado del Gobierno y dejarlo solamente al mando de la oposición? ¿Hay alguna razón política, que no sea de pura venganza, para que con independencia de las responsabilidades penales exigibles ante la instancia judicial, el nuevo Parlamento pida responsabilidades al presidente del Gobierno anterior por la inmundicia pública de su mandato? Pues bien, señores del PP y querido director de este periódico, siento tener que llevaros la contraria. Existen objetivas, poderosas e incontestables razones puramente políticas que, sin la menor sombra vengativa, obligan al nuevo Parlamento a declarar la inhabilitación de Felipe González como jefe de la oposición.

★

El carácter estatal que la Constitución otorga a los partidos y el «status» político reconocido al jefe de la oposición, dan al Parlamento y a la opinión pública la potestad de controlar las decisiones del partido que afecten a la vida política. Lo que no pueden hacer, frente a la decisión de los electores, es destituir a un diputado sin causa judicial. Pero eso no significa que deban aceptarlo como dirigente de la oposición, simplemente porque su partido, y no el elector, así lo haya querido. El electorado no tiene soberanía, ni posibilidad material de tenerla, para dictar la irresponsabilidad política de las personas colectivamente englobadas en la lista elegida. Tanto el jefe de la oposición, como los portavoces de partido, presidentes o vocales de mesa, miembros de comités de investigación o de legislación, afectan directamente al prestigio y al buen funcionamiento de la Cámara y del sistema de gobierno. Todos esos cargos parlamentarios deben recaer en personas honorables y sin tacha de indignidad. En caso contrario, el Parlamento tiene derecho a impedir que ocupen esos puestos, vetando sus nombramientos o acordando su destitución. Y a ese fin, necesita seguir el procedimiento previsto para la exigencia de responsabilidad política. ¿Con qué autoridad puede levantar la voz de la oposición ante el Parlamento o ante la opinión, contra una fechoría del Ejecutivo, quien ha presidido el gobierno del crimen y la corrupción?

TRIBUNA LIBRE

El fenómeno
Buchanan

[JAMES PETRAS]

PATRICK Buchanan, el candidato derechista del Partido Republicano a la presidencia de EEUU, atrae a casi un tercio de los votos republicanos, recibe la comprensión de gran parte de los trabajadores de la industria norteamericana, y se dirige a grandes masas entusiastas de trabajadores de todos los sectores profesionales adondequiera que vaya. Sin embargo, es el candidato con menor financiación de su campaña; viaja en autobús y, prácticamente, no cuenta con fondos con los que sufragar anuncios en televisión. Lo que es más, la mayoría de los medios de comunicación (periódicos, TV, radio), el mundo académico, las grandes empresas, los sindicatos y los políticos conservadores y liberales se oponen a él. ¿En qué se fundamenta la amplia base de su apoyo popular?

En primer lugar, su mensaje es contradictorio, al resultar atractivo tanto para la derecha como para la izquierda. Por un lado, es hostil a los inmigrantes, las feministas —es antiabortista—, la educación multicultural y la discriminación positiva, y está a favor de la oración en las escuelas, los símbolos chovinistas, el fundamentalismo religioso y los políticos de corte racista.

Por otro lado, es el único aspirante que fustiga la avaricia de los empresarios, la huida de las multinacionales a países de producción más barata, el despido de los trabajadores y empleados para aumentar los beneficios, los salarios exorbitantes de los altos directivos o la inseguridad de los trabajos temporales mal pagados. Buchanan, asimismo, ha criticado en solitario el Acuerdo norteamericano de Libre Comercio, así como el GATT, por sus efectos

negativos en el tejido obrero de EEUU. Su ataque a las grandes corporaciones y la pasividad del presidente Clinton, al igual que la complicidad de Bob Dole, el otro candidato republicano en liza, al apoyar los intereses del gran capital, han abierto el camino hacia un gran público que no es indiferente al mensaje de Buchanan.

Un amplio
espectro de la
clase trabajadora
se siente tentado
por el programa
de Buchanan

Dejando al margen por un instante la cuestión de su sinceridad —se opuso a elevar el salario mínimo, así como al fortalecimiento del poder sindical—, y el hecho de que no ofrece soluciones coherentes a los problemas que viene denunciando, la realidad social que dibuja este candidato preside cada vez más las preocupaciones de la gran mayoría de los votantes.

El atractivo de Buchanan para los norteamericanos asalariados se basa en una serie de hechos: entre 1979 y 1995 se eliminaron 43 millones de puestos de trabajo, la mayoría trabajos en fábricas y puestos de alta cualificación en grandes compañías, todos con altas retribuciones. Si bien se crearon 70 millones de nuevos empleos (una diferencia neta de

27 millones), la mano de obra contratada recibía salarios más reducidos y menores beneficios sociales. Sólo un 35% de los trabajadores a tiempo completo despedidos accedieron a empleos de salario igual o superior a su anterior destino. Aunque la mayor parte de los estadounidenses tienen trabajo, la proporción de trabajadores a tiempo parcial y con bajos salarios (aquellos que trabajan cerca o por debajo del umbral de pobreza) ha visto casi doblarse en número. En 1979, sólo un 14% de la población activa trabajaba a tiempo parcial o recibía salarios reducidos; en 1994, ha aumentado hasta un 36%.

Aún más dramáticos son los cambios experimentados recientemente en el mercado laboral norteamericano: en 1989, el 10% de la masa trabajadora estaba contratada «a tiempo completo y con salario reducido»; en 1994, la proporción era del 23%. El problema fundamental en EEUU no es el desempleo, sino el empleo mal pagado que obliga a las personas a descender continuamente de categoría profesional. El mensaje de Buchanan contra las grandes empresas encuentra eco en esta masa creciente del electorado.

Al tiempo que los trabajadores ven reducirse su cualificación laboral, el sueldo de los presidentes de grandes compañías aumenta como la espuma: en 1979, su paga era 45 veces superior a la del empleado medio en su fábrica; en 1995, era 176 veces superior. Cuando Buchanan ataca la ambición de los empresarios, casi todo el mundo entiende lo que está diciendo.

El político norteamericano también llama la atención sobre la extrema inseguridad laboral que afecta a EEUU; en los últimos cinco años, en más de una

REVISTA DE PRENSA

GERMAN YANKE

Entre la pluralidad y
el sentido del humor

Los nacionalistas vascos y catalanes, según *Diano 16*, «piden más compromisos para la semana que viene» y su editoria lista, que comenzaba ayer explicando que «avanza el pacto», sugiere que la estabilidad del gobierno, siendo «ciertamente deseable», «podría inducir a la confusión si se concluyese que constituye un fin en sí misma». Propone por ello, tomando por modelo a Eisenhower, una «Comisión de Objetivos Nacionales» a la que se limitaba a recordar que la Constitución habla de la «indisoluble unidad de la nación española» y garantiza el dere-

cho a la autonomía y la solidaridad entre las nacionalidades y regiones. Como el recordatorio no es muy concreto, el PP pretende, según una crónica de María Cortina, «llevar a la práctica la descentralización de la Agencia Tributaria y la asignación de ciertas facultades normativas» a las Comunidades Autónomas: «El PP

acepta un sistema federal para los impuestos», se leía ayer en la portada. *El País*, sin embargo, abre su edición afirmando que «Pujol advierte a Aznar que la negociación aún no ha empezado». Pero *ABC* debe pensar que está a punto de hacerlo porque, en las páginas de fotografías, se veía ayer a todos «optimistas»: Aznar junto a

sus colaboradores y los portavoces de CiU y el PNV, Joaquim Molins e Iñaki Anasagasti sentados muy sonrientes junto a Xabier Arzalluz; ninguno de ellos quiere perder «la oportunidad histórica que les ofrece el pacto con el PP». «Y es que el cambio cualitativo ha sido notable», escribe Anasagasti en su habitual artículo de los domingos en el periódico *Deia*. Y pone, además, este ejemplo: «Hasta el *ABC* empieza a decir que Arzalluz no es Jack el Destripador y a mí a veces me llama Iñaki». Ayer le llamaba, de todos modos, Ignacio. Y a Duran Lleida, en la